

- Una de esas personas es D. Pedro Velarde... —
- ¿Quién habeis dicho?... —
- Don Pedro Velarde, monseñor... —
- ¡Velarde!... ¿no os habeis equivocado, baron? —
- Digo lo que sé y veré dentro de dos horas por mis propios ojos. —
- ¿De qué modo? —
- Asistiendo á la reunion que ha de celebrarse. —
- ¿Y no temeis?... —
- Nada temo: es completamente desconocida mi adhesion hácia el emperador y por V. A. I.: á no haber tenido buen cuidado de disimular á los ojos de todos mi inclinacion á la Francia, no hubiera podido serviros con la oportunidad y la seguridad que hasta hoy. He conseguido del mismo conde de M... la entrada para esta noche. —
- ¿Y pensais ir, baron? —
- Dentro de una hora: ¿os parece mal mi determinacion? —
- Muy al contrario,—respondió Murat que se habia quedado algo pensativo,—únicamente se me ocurría una idea, un deseo, pero un deseo imposible de realizar... —
- ¿Qué desea V. A.? —
- Asistir yo mismo á la reunion de M... —
- V. A. se comprometeria, por muy bien que se disfrazase: es gente toda que obra con gran suspicacia. —
- Pero en fin, baron,—repuso el gran duque,—¿vos ireis á esa reunion? —
- Iré para el mejor servicio de V. A. y S. M. I. —
- ¿Y á qué hora creéis que se terminará? —
- Probablemente muy tarde. —
- Pues bien, aunque dure hasta la madrugada, informaos hasta el fin, baron... ¿entendeis? —
- Seré de los últimos que abandonen la casa del conde. —

—Perfectamente; pero en cuanto se haya terminado...

—Si V. A. lo permitiera...

—Nó me acostaré hasta que me hayais informado de todo: esta noche reuniré á mis oficiales en consejo, que se prolongará por lo ménos hasta las dos. Ahora bien, vamos á otra cosa, á lo que os interesa á vos.

—Estoy á las órdenes de V. A.

—¿Me habeis dicho que os bastarian 500.000 francos para fijar vuestra residencia en cualquiera capital de Francia?

—He tenido el honor de fijar esa cantidad, monseñor.

—¿Y cuándo pensais abandonar á España?

—Cuando ya V. A. y el emperador no necesiten aquí mis humildes servicios.

—Pues bien: ahí teneis dos bonos, por valor de 250.000 francos cada uno contra el tesoro imperial: uno sobre Bayona y el otro sobre París.

Y el duque de Berg entregó al baron del Pino los expresados bonos, suscritos y rubricados de su puño y con el gran sello imperial estampado al márgen.

El futuro de Eugenia los tomó estrechando y besando con grosera gratitud aquellas manos que le prodigaban tan vil dinero.

Joaquin Murat añadió:

—Cuando me hayais informado de todo lo que ocurra en la casa de M..., habreis terminado vuestros servicios, y quedais en libertad de emprender vuestro viaje...

—¿Entonces, señor, podré marchar cuando SS. MM.?

—Ciertamente.

El baron del Pino renovó sus gestos y sus protextas de gratitud, y se despidió del gran duque hasta la hora convenida, aunque indeterminada.

Quando salió del que habia sido palacio de Godoy, dos

hombres, embozados en sus capas, permanecían parados como en actitud de esperar.

El baron, loco, arrebatado por una imprudente alegría y ocupado en estrechar cariñosamente la cartera en que había guardado los bonos de Murat, siguió impávido su camino, sin observar que los dos embozados le seguían á cierta distancia.

Al cabo de un cuarto de hora llegó á la casa del conde de M... y subió precipitadamente.

Los dos embozados que habían vacilado al aproximarse á la citada casa, detuviéronse un momento; pero después subieron también por las mismas escaleras que el baron.

Aquella misma tarde había hecho á Eugenia la siguiente promesa, expresándose en estos términos:

—Dentro de algunos días estaremos en camino para Francia: he vendido todos mis bienes, y sobre su producto llevaré una suma que nos permitirá vivir felices. Tu padre, con su nueva chochéz, nos incomodaría, y así he determinado verificar nuestro enlace allende el Pirineo. Si observas que se dilata mi vuelta, ó que dejo de venir hoy, no te inquietes, Eugenia: es que durante ese tiempo habré estado trabajando por abreviar el plazo de nuestra felicidad, de nuestra union.

Eugenia abrazó á su amante con alegría, y aun podemos decir con frenesí.

Las palabras de aquel parecían haberla aliviado de un enorme desasosiego.

Ir á Francia, y esto en tan breve plazo como el baron aseguraba, valía tanto como borrar de su memoria la pesadilla de María, con todas las otras pesadillas relacionadas con el secreto de su liviandad.

Daoiz prestó suma atención á las palabras de su impugnador, con la ansiedad del que ábrumado por la densidad de las tinieblas, desea vivamente percibir un rayo de luz que le ilumine.

Varios sujetos de entre los concurrentes se acercaron para oír también atentamente la opinión del barón del Pino; pues ya habrá columbrado el lector que este era y no otro el personaje en cuestión.

—Yo opino de diverso modo que Vd., capitán,—dijo.

—Sepamos su opinión de Vd.—respondió Daoiz.

—En primer lugar,—continuó el del Pino,—como ha dicho muy bien el señor Velarde, no debemos descansar hasta comprometer en un movimiento á la guarnición.

—Eso es difícil, sino imposible,—respondió Daoiz,—y nuestras tentativas se frustrarían contra las órdenes terminantes del gobierno.

—Bien: quiero conceder á Vd. eso; pero no me negará que conviene prevenir y armar al pueblo, á fin de que al primer conflicto haga frente á los invasores.

—Ya he dicho también, barón, que debemos respetar la sangre del pueblo, comprometiendo á este lo ménos posible.

—Cuando se trata de la independencia de la patria, de su dignidad, de su honra,—exclamó el barón con énfasis de patriota,—no deben ocurrirse á un militar semejantes escrúpulos.

Daoiz miró sorprendido al barón, y casi se inmóvil, como si en sus palabras hubiese hallado un justificado reproche.—Varios circunstantes aprobaron con un murmullo de asentimiento las palabras del entusiasta.

Ruiz y Velarde fueron de la misma opinión, si bien

alabaron las humanitarias y generosas observaciones de Daoiz.

Este preguntó con voz enérgica y esforzándose por rechazar todo escrúpulo:

—Y bien, señores: ¿opinan Vds. con el baron?

—¡Sí! ¡sí!—clamaron muchas voces.

—Eso quiere decir que no debemos reparar en la sangre que se derrame, aunque esa sangre sea la del pueblo, la de vuestras madres, la de vuestras esposas, la de vuestros hijos.

—¡Esa sangre tendrá la virtud de convertir en enemigos á las mismas piedras bajo la planta odiosa del usurpador, y aniquilarán hasta el último de sus soldados!—volvió á exclamar el del Pino en tono profético.

—¡Bien! ¡bien!—dijeron muchas voces.

—¡Pues lo quereis, sea!—exclamó por fin el noble capitán.

—Procuraré no ser el último en derramar mi sangre cuando llegue el caso supremo: ahora, señores, lo que conviene es concierto, y que cada cual llene su misión cumplidamente, aunque sin faltar nunca á los deberes que nos imponen nuestras posiciones respectivas.

.

Como habia presumido el baron, eran las tres de la madrugada, cuando paulatina y sigilosamente comenzaron á desfilar los que habian formado parte de aquella reunion.

Cuando ya quedaban muy pocos concurrentes, el futuro esposo de Eugenia despidióse de M..., quien le respondió con marcada frialdad, y se dispuso á abandonar el salon.

Dos personas que esperaban á la misma puerta, detuvieron el paso al satélite de Murat.

Una de aquellas personas era D. Enrique Utrera.

La otra, que hasta entonces habia permanecido arrebujada en una ancha capa, bien á pesar de la estacion que ya se hacía sentir, se descubrió llenando al baron de asombro.

—¿Qué me quieren Vds.?—preguntó sin acertar á explicarse el motivo por el cual le detenian; pero causándole desde luego profunda zozobra el haber reconocido en el embozado á D. Pablo de Montenegro, su futuro y burlado padre político.

El lector recordará las frases dirigidas por el baron á Eugenia aquella misma tarde, y comprenderá, que efectivamente pretendia burlar al buen anciano.

Este le respondió con una calma y un acento tan significativos, que en aquel momento al aristocrático espía ni siquiera se le ocurrió que el digno anciano maquinaba una de sus extravagancias ó chóchees, como el del Pino decia en el momento de clasificar el patriotismo del que tomaba entonces cierta actitud de juez, actitud de no muy buen agüero.

El anciano dijo:

—Tengan Vd. la bondad de aguardar á que salgan esos señores que se despiden del conde, y despues hablaremos detenidamente de un asunto importantísimo.

—Me es imposible de todo punto esperar, señor Montenegro;—respondió el baron con recelosa impaciencia,—mañana hablaremos en su casa de cuanto Vd. quiera.

E hizo ademan de continuar su camino.

Pero D. Enrique le detuvo fuertemente por el brazo, y dijo rechazándole al centro del salon:

—¡Atrás, baron!... no puede Vd. salir de aquí ahora.

—¡Caballero!—exclamó el del Pino, haciendo ademan

de arrojarse sobre D. Enrique y sirviéndose de un estoque que habia desenvainado hasta la mitad.

—Cuenta, miserable, con que no me obligue Vd. á que le despedace tan pronto la innoble frente.

Diciendo así Utrera montó una pistola y apuntó con ella á la cabeza del baron del Pino.

El baron se contuvo, pero empezó á mirar en derredor suyo con visible y creciente inquietud.

Montenegro le contemplaba con enojo, Utrera con profundo desprecio; y cuando por evitar las de estos buscaba las miradas del de M..., encontraba en ellas y en la sonrisa del severo conde una expresion particular que tenia algo de siniestro, de amenazador.

Por último quedaron únicamente en el salon nuestros cuatro personajes.

El de M... indicó al baron con ademan imperioso que se le acercára, y el miserable obedeció maquinalmente.

—¿A qué ha venido Vd. aquí hoy?—le preguntó el conde.

El espía quiso protestar enérgicamente contra lo que le acontecia: pero hay siempre una traba inexplicable aunque poderosa en la lengua del criminal, cuando se interroga á su conciencia; y entonces, lo que la palabra no confiesa, lo dice el rostro con turbacion elocuente.

Don Pablo de Montenegro se encargó de contestar como escusando la intencion del satélite de Murat.

—Ha venido á enterarse de todo,—dijo,—para vender luego á su amo el secreto á precio de unos cuantos pedazos de oro francés.

—¡Miente Vd.!—exclamó por fin el baron recobrando una parte de su serenidad.

—Dejémonos de altercados, que nos harían perder un tiempo sobrado precioso!—interrumpió M...., —y vamos al grano. Queremos examinar los papeles que Vd. trae sobre sí.

El barón dió un paso hácia atrás, como si tratára de servirse del arma que traía en la mano, pero á una seña del conde, D. Enrique se apoderó del bastón. Quiso de nuevo el miserable arrojarle sobre el amante de María, mas este le contuvo por segunda vez con el elocuentísimo argumento de su pistola.

—¡Los papeles, pronto! ¡dame los papeles que llevas encima, bandido!—exclamó con voz de trueno el conde.

Pero el atribulado espía se negó rotundamente á obedecer, asegurando que no tenía papel alguno.

El conde de M... no estaba sin duda muy dispuesto á malgastar su tiempo; así es, que se arrojó velozmente sobre el del Pino, cuya resistencia contra los brazos de hierro que le oprimian, fué inútil de todo punto.

Por fin el miserable dejó al exasperado conde que se apoderase de sus papeles y de la cartera que tan cariñosamente habia estrechado contra su corazón en el momento de abandonar el palacio del *villano* (1) gran duque de Berg y de Cleves.

(1) Creemos que nuestros lectores nos agradecerán los siguientes apuntes biográficos acerca del funesto personaje que tan amargos recuerdos ha dejado á la capital de España.

«Joaquín Murat era hijo de un maestro de postas de Querey: entró de criado en la casa del príncipe de Condé: á pesar de su humilde condicion dejaba entrever ideas elevadas y ambiciosas: en el mes de setiembre de 1795, fué uno de los que más se distinguieron por su ferocidad en las horrosas matanzas hechas en las cárceles de París, por cuya razon se le dió como á sus compañeros en aquella inhumana ejecucion el titulo de *setem-*

Lo primero con que el conde de M... tropezó, fué con los bonos, guardados en una bolsa de la cartera. —¡No te habia pagado mal, miserable!—exclamó dirigiendo una sonrisa feróz al espía. —¡500.000 francos!—añadió, —¡500.000 francos, señores! ¡este era el precio de nuestras vidas! Oportunamente daré las gracias al duque de Berg por lo bien que remuneró á los traidores,—afortunadamente muy contados,— que por lo visto no tendrían rebozo alguno en vender su patria al mismo bey de Túnez.

El conde de M... examinó despues las cartas, entre las cuales se encontraban algunas dirigidas en dias anteriores por el Principe de la Paz al baron del Pino; cartas que leídas en alta voz acabaron de iluminar á aquella especie de tribunal de quien esperaba el singular reo una terrible sentencia, pues sobrado conocia el temple del conde y el carácter rígido é inconmovible de D. Pablo de Montenegro. Así que hubo terminado su minucioso escrutinio, volvió á preguntar al conde:

—¿Qué proyectabas hacer al salir de aqui?

—Pero conde...—balbuceó el espía.

—Bien; tanto dá que no confieses, bribon; ibas derechamente á soplar cuanto acababas de ver y de oír... ¡Ven! ¡ven!

El conde de M... asió fuertemente al baron por el cue-

bricista: la revolucion lo elevó á general y casó con Carolina de Bonaparte, hermana de Napoleon: era por lo tanto el militar en quien confiaba, y en 1808 vino á España con la investidura de príncipe, gran duque de Berg y de Cleves, generalísimo de los ejércitos franceses en España, y gran almirante del imperio francés.» (De una *Mem. Hist. de la G. de la Independencia.*)

llo de su casaca y le llevó casi arrastrando hasta una mesa, sobre la cual había recado de escribir.

Hizo sentar al baron que, abrumado por tan inesperado suceso, obedeció sin resistencia, automáticamente. Colocó el conde delante de él un papel y puso en su mano una pluma.

—Escribe,—dijo.

El del Pino se puso á mirar fijamente al conde, pero este repitió irritado y en tono amenazador:

—¡Escribe lo que yo tenga á bien dictarte, canalla!

El adlátere de Murat obedeció maquinalmente.

El de M... dictó:

—«Declaro, que en la noche de hoy he estado espando mediante las órdenes de mi amo el general francés, gran duque de Berg...»

El baron del Pino arrojó la pluma, resistiéndose á escribir lo que M... le dictaba.

Pero este volvió á hacerle tomar la pluma, y exclamó con acento de terrible cólera:

—Si no quieres precipitar tu fin, escribe hasta el último sin replicar: obedece y calla.

A su pesar y dominado por el aspecto amenazador y severo de su improvisado juez, el espía escribió dos terribles declaraciones, que por último firmó con nervioso puño.

El conde de M... dobló y guardó ambos papeles, juntamente con los bonos de 500.000 francos contra el tesoro imperial.

—Ahora,—dijo,—es preciso que pues dejas reparada en parte tu inicua falta, vuelvas por tu nombre, manchado con tal indignidad, y justifique tu tardío arrepentimiento.

—¿Qué más quiere Vd. de mí?—preguntó atónito y como fascinado el baron del Pino.

M... volvió á ordenarle que escribiera:

—«Para que á nadie pueda en ningun tiempo atribuirse mi desesperada resolución, la cual me aconsejan el remordimiento y el pesar de mi honra mancillada por tan horrendo extravío, declaro que despues de haber sido traidor á mi pátria y de haber querido comprometer la vida de sus más ardientes defensores, he determinado poner fin á mi existencia miserable...»

—¡Qué intentan Vds!—gritó con espanto el baron del Pino, levantándose de su asiento y mirando alternativamente los rostros nada tranquilizadores de Montenegro, Utrera y M...

Este respondió con calma, forzándole á que volviese á ocupar su asiento:

—No te apresures y escribe: luego hablaremos de lo demás.

Y repitió las últimas palabras:

«He determinado poner fin á mi existencia miserable.»

—¡Imposible! yo no escribo eso,—exclamó el traidor.— Lo que Vds. pretenden es cometer un asesinato.

—En cuanto á eso descuida: palabra de honor: no abrigamos la intencion de manchar nuestras manos en una sangre tan vil como la tuya. Escribe, noble y patriótico baron, escribe.

El baron del Pino, tranquilizado por las seguridades que le daba el conde, consignó las últimas palabras que se le dictaban, puso la fecha y firmó.

M... hizo otro tanto con este documento que con los anteriores, guardándolo cuidadosamente.

—Ahora,—dijo,—te convencerás de que no faltó á mi palabra: vas á ahorrarnos tú mismo el trabajo repugnante de estirpar á una víbora de tu especie.

Y presentó al baron del Pino un agudo puñal, que el misero cobarde rechazó con un gesto de terror.

—Un baron que comete ciertas felonías está en el deber de recuperar su honra para llevar un título noble, forzoso es tener nobleza, dignidad: pero ciertos arrepentimientos únicamente se justifican de un modo, esto es, suicidándose: señor baron del Pino, suicídese Vd., —dijo el de M... variando de tono y tratamiento.

—¡Pero esto es inaudito! —murmuró el amante de Eugenia escuchando atónito á M...

—Será como Vd. quiera, pero ha de ser.

—Pues yo no cometeré semejante atentado: he hecho ya bastante: el suicidio es un crimen.

—Bien: veo con satisfaccion que si era Vd. un traidor, tambien es hombre religioso: efectivamente un suicidio voluntario lo reprueba y castiga nuestra santa religion; pero en cuanto á Vd., varía de especie: el público creerá expontáneo su acto de desesperacion; Dios y nosotros sabemos que tan solo á la violencia puede Vd. ceder.

—Pero entonces vale tanto como un asesinato premeditado, —objetó el baron del Pino.

—Si Vd. lo juzga así, no me opongo; pero es el caso que Vd. sobra en el mundo: en otra ocasion y por diverso motivo le hubiera propuesto un duelo.

—¿Y por qué no ahora?

—¿Seria Vd. capaz de aceptar?...

—Es el medio más decoroso: así la suerte ó la destreza pueden decidir: de otro modo, lo repito, es un asesinato premeditado.

—Lo siento, baron: pero es cosa acordada... Pero ¿qué diablos? no tenga Vd. escrúpulo alguno: yo cargaré con la responsabilidad, y si no soy bastante á soportar un peso

de tal indole, estos señores me ayudarán á sobrellevarlo: de este modo, como dijo el otro, entre muchos tocará el mal á ménos.

Utrera y Montenegro hicieron una señal afirmativa, sonriéndose con espantosa complacencia.

M... añadió alargando al baron el puñal:

—Vamos: lo del desafio es materia imposible; si hubiera un pretexto decoroso, complaceria á Vd.; pero la cosa es sencilla, esta hoja tiene buena punta y con bien poca fuerza encontrará Vd. el corazon tan fácilmente cual si se bebiese un vaso de agua. Animo, y buen viaje.

Presa de una alucinacion febril, el baron del Pino se retorcia con desesperacion los brazos, contemplando en cada uno de aquellos personajes una especie de fantasma.

Su semblante estaba lívido, sus ojos demasíadamente abiertos, su pecho y sus músculos agitados por una convulsion que producian al par el miedo y la sorpresa.

Por un momento casi le tuvo lástima el noble conde, y apartó sus ojos de tanta perfidia y tanta bajeza reunidas en un solo hombre.

Mas la doble é imperiosa mirada de Utrera y Montenegro parecieron borrar en su alma aquel destello de compasion; por manera que volviendo á presentar resueltamente al del Pino el arma terrible,

—¡Acaba!— exclamó.

El espia tomó maquinalmente el puñal, y por algunos segundos le estuvo contemplando con estupor.

Mas de súbito, y como si por su mente acabára de cruzar una idea salvadora, se sacudió en un estremecimiento nervioso, arrojándose sobre M... al cual dirigió arrebatado el arma terrible. M... dió un paso atrás, pero tropezó con un sillón que interceptándole la retirada, dió lugar á

que su adversario avanzase con mayor firmeza sobre él.

En su desesperacion, el instinto de la vida, animó el alma ruin del furioso baron. Todos, el conde y sus amigos, lo comprendieron así, por manera que su ansiedad creció de todo punto cuando el puñal brilló sobre el noble caballero, cuya actitud á causa del tropiezo ni aun le permitia defenderse con sus manos.

Un solo segundo, y la reluciente hoja se esconderia en el corazon del hombre que á la sazón era una verdadera esperanza para la salvacion de la pátria, y á quien el pueblo de Madrid queria con frenesí bajo el nombre del *tio Pedro*, segun ya hemos manifestado.

De pronto resonó en la estancia una fuerte detonacion.

Casi al mismo tiempo se vió libre M... de su adversario, pues que este cayó al suelo exhalando un grito y soltando el puñal en que fundaba su desesperada salvacion.

El conde y Montenegro volvieron á un tiempo sus ojos al lugar de donde habia partido aquel ruido.

Don Enrique, pálido y desencajado por la ansiedad en que lo habia puesto el peligro que acababa de arrostrar el conde, permanecia aun con la humeante pistola en su diestra y contemplando con alegría dolorosa al baron del Pino que se revolcaba en el suelo, presa de horrible dolor.

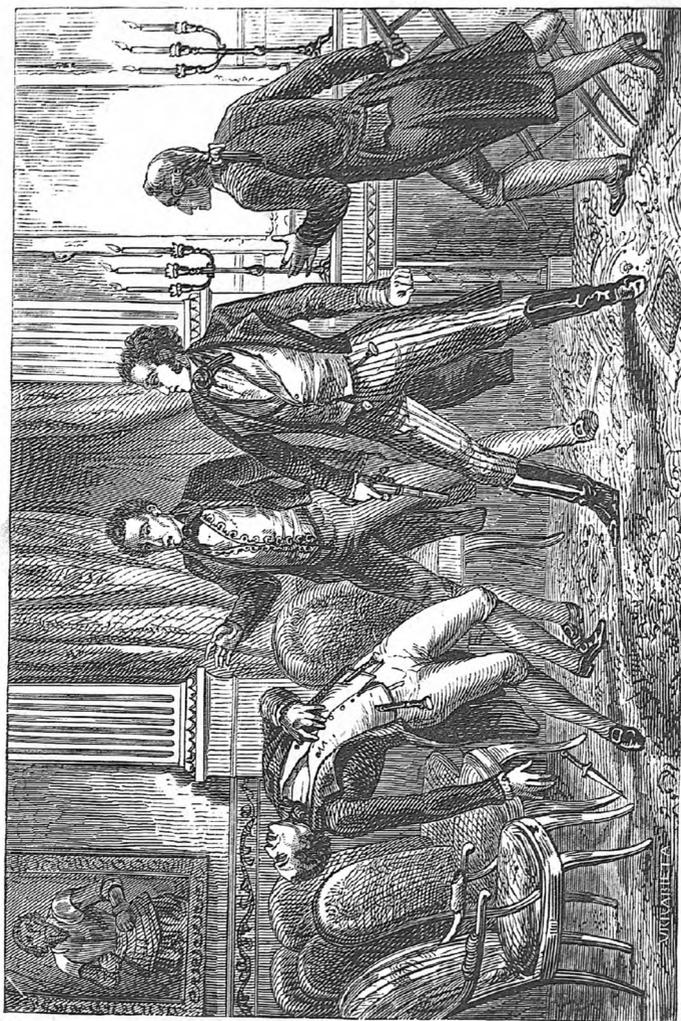
—¿Qué ha hecho Vd., Utrera?—preguntó M...

—Nada, conde;—respondió D. Enrique,—no hice otra cosa que anticiparme á las intenciones de ese buen cristiano que repugnando el crimen del suicidio, ya Vd. lo vé, hallaba muy moral y más cómodo cometer un homicidio.

Montenegro se rió de la observacion hecha por el jóven.

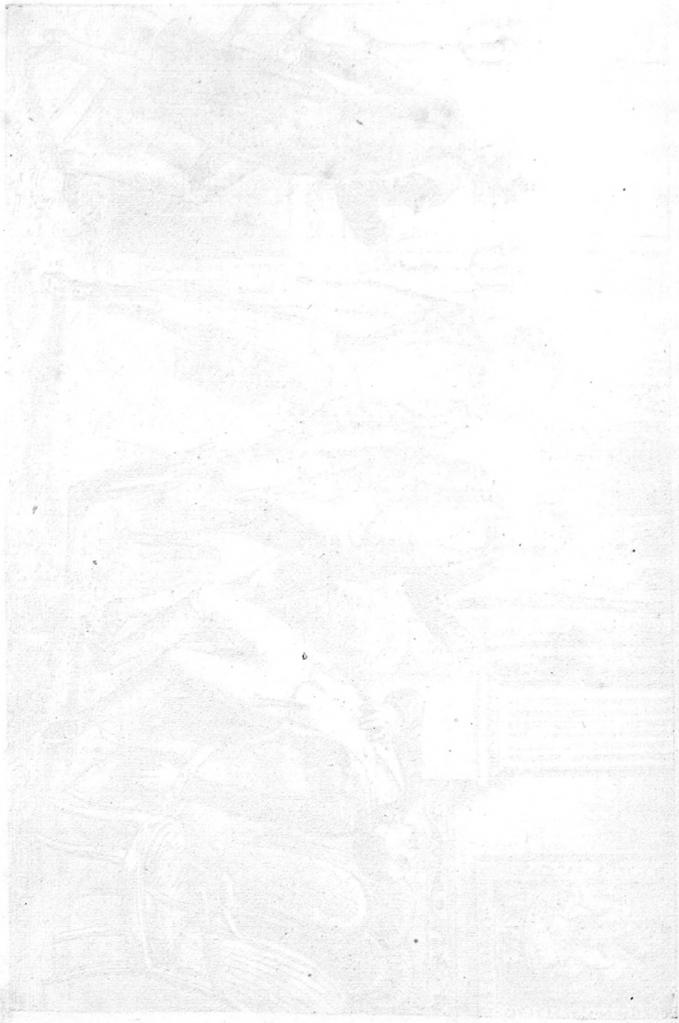
El conde se quedó pensativo, y dijo:

—No habia previsto que un hombre de su corazon es



Este cayó al suelo exhalando un grito y soltando el puñal en que fundaba su desesperada salvación.

The Great Hall of the Temple of Solomon



capáz de todo, ménos de una accion noble: debí haberlo temido.

—Y mucho, conde; pero ¿qué se le ha de hacer? así lo quiso, y así lo tiene: no era ¡par diez! esa mi intencion; pero entre uno y otro, he dado á Vd. la preferencia: me conviene que Vd. viva. ¿Digo mal, señor Montenegro?

Pero Montenegro y el conde, movidos por un sentimiento de humanidad irresistible en las almas buenas, contestaron á la pregunta de D. Enrique, indicándole al bairon que se revolcaba desesperadamente.

Todos tres acudieron á examinaar la herida del desgraciado.

CAPITULO XVII.

Belliard enamorado.

Velarde, al abandonar la casa de M... se encaminó directamente á la calle del Arenal. Dos ideas distintas, dos sentimientos encontrados preocupaban su elevado espíritu en aquel momento.

La primera idea, el primer sentimiento eran gratos, le llenaban de felicidad y hacian latir su corazon de veintinueve años con las emociones del que siendo en todo grande y leal, debia comprender el amor como le han comprendido siempre las almas puras y grandes.

La otra idea, el otro sentimiento de Velarde, contrastaba claramente con los primeros, constituyendo así en su fondo una lucha inexplicable.

De este modo caminaba preocupado y distraido por la citada calle, á tan avanzada hora de la noche, cuando tropezó con dos bultos, dos personas que llevaban direccion opuesta.

Apartóse naturalmente el capitan, y ni siquiera pre-

tendió examinar, en medio de la oscuridad, quiénes eran las personas que se le habian interpuesto.

Sin embargo, uno de aquellos bultos reconoció á Velarde, pues dijo deteniéndole:

—Muy tarde se retira Vd. hoy, capitán.

Velarde reconoció entonces aquella voz, que era la voz de una mujer.

—Buenas noches, Eugenia,—respondió Velarde,—parece, añadió,—que tambien Vd. madruga: creo que en esta parte ambos nos hemos propuesto esperar al día.

La futura baronesa del Pino, pues no era otra, repuso:

—Sí, pero seguramente que nos desvelan objetos bien diversos.

Velarde calló.

Eugenia continuó hablándole casi al oído:

—Sea Vd. franco, pues le interesa más que á mí el serlo: Vd. vá á casa de Carolina, ¿eh?

—¿Por qué esa pregunta?—balbuceó Velarde.

—Antes respóndame Vd. con la confianza de un buen amigo, pues como á tal puedo prestarle un servicio no despreciable. Así, pues, ¿vá Vd. ó no á ver á Carolina?

—Seguramente: he ocupado una buena parte de la noche, y como Carolina tiene por costumbre recogerse muy tarde, sobre todo, la noche que yo falto...

—Por eso vá Vd. ahora, y la ocasion no es oportuna que digamos.

—¿Pues cómo?... Explíquese Vd.

—Ante todo: ¿ha visto Vd. al baron del Pino?

—Acabo de dejarle.

—En casa de M..., ¿eh?

—Sí, señora, y se preparaba á salir. Pero... ¿no me dirá Vd?...



—A eso voy: he estado en casa de Carolina.

—¿Y bien?

—Carolina no esperaba á Vd. hoy, ó por lo ménos hasta el día.

—Prosiga Vd.

—Pues como digo, llega Vd. en hora muy poco oportuna: por lo que he podido observar tiene una visita, y visita de intimidad, pues durante los breves momentos que he estado allí, he observado en Carolina una impaciencia marcada, y apenas me despedí de ella se dirigió con suma rapidéz á sus habitaciones interiores.

—Pero eso nada significa, Eugenia; encuentro muy natural lo que Vd. me dice,—observó el artillero con perfecta tranquilidad.

El tono de convencimiento con que aquel se expresó, pareció picar algún tanto el amor propio de aquella mujer tan singular, así es que dijo sin cuidarse de medir el efecto de sus palabras:

—Lo que no encuentro yo muy natural, ó por lo ménos propio á su altivéz, es que cediendo á una ciega confianza tolere que le suplanten. ¿Y quién, Dios mio? ¡nada ménos que un extranjero!

—¡Eugenia!

—Como lo digo. Veamos: ¿no habia ofrecido á Vd. su novia separarse del servicio de los reyes padres?

—Cierto, y se ha separado al fin. ¿Pero qué tiene que ver eso?

—Tiene, y mucho. Pero vamos al asunto. Ayer ha recibido Carolina una carta de la reina madre, en que le recuerda su cariño, y la ruega que no la abandone...

—¿Que ha recibido una carta de la reina? ¡Imposible!

—¿No ha dado á Vd. cuenta de ella? Mas en mi favor:

pues tenga Vd. por seguro que no tan solamente la ha recibido, sino que está dispuesta á complacer á S. M. Después de esto, le falta saber lo demás: me duele decirlo, pero es Vd. un buen amigo, le aprecio sinceramente por lo mucho que vale, y aun á trueque de proporcionar á Vd. un desengaño cruel...

—Acabe Vd., Eugenia.

—Pero... ¿me da Vd. su palabra de no tomar para nada mi nombre?

—La tiene Vd.—respondió Velarde con voz alterada.

Eugenia bajó más y más la suya, y añadió rozando casi la mejilla del artillero con sus perfumados rizos:

—Antes de entrar, observe Vd. una poca de paciencia, y verá salir al pájaro de un momento á otro.

—Pero no acabó de comprender á Vd... no puedo...

—Es cosa que se resiste, y esto se explica bien, cuando se trata de un hombre de honor; sin embargo es la pura verdad: así pues, sitúese Vd. en los alrededores de la casa, desde donde Vd. no pueda perder de vista la puerta, y verá salir...

—¿A quién?—preguntó Velarde con viveza.

—¡Chist!—murmuró Eugenia poniéndole un dedo en la boca,—tenga Vd. prudencia, amigo mio, si quiere aprovecharse de la feliz casualidad que ha deparado este encuentro.

—Pero acabe Vd., Eugenia, ¿á quién he de ver salir?

—Al general Belliard.

—¡Al general Belliard!

Y Velarde manifestó á la vez que dudaba y temía la certeza de esta extrañísima revelacion.

Eugenia añadió:

—Nada pierde Vd. con tomar las precauciones que

acabo de aconsejarle. Ahora prudencia, y mañana estoy segura de que apreciará el interés que me tomo por Vd. Pero una pregunta: ¿dice Vd. que ha visto... que acaba de dejar al baron del Pino en casa del conde de M...?

—Sí, respondió Velarde casi maquinalmente.

—¿Y no le ha sucedido nada?

—Nada.

La preocupacion en que se hallaba sumido el artillero, no le permitió fijarse en el tono particular con que Eugenia le habia dirigido aquella pregunta.

En seguida se despidieron ambos, Eugenia con un criado que hasta entonces habia permanecido á una respetuosa distancia, dirigió sus pasos por la Puerta del Sol.

Velarde, presa de una extraña duda, echó por la calle del Arenal y fué á situarse casi frente á la puerta de la casa-palacio que habitaba Carolina.

No habian trascurrido aun diez minutos, cuando la citada puerta se abrió, dando paso á un hombre que, á pesar de ir envuelto en una ancha capa, permitia distinguir vestia uniforme militar.

Velarde pareció reconocerle, y por un momento casi estuvo impulsado á salirle al encuentro; más reflexionó y pudo contenerse.

Poco despues hacia sonar el pesado aldabon, y apenas le abrieron se precipitó en la escalera, subiendo con extrema precipitación; por manera que ni aun respondia al portero que le saludaba al paso.

El mismo jóven no acertaba á darse cuenta de lo que pasaba en su corazon, agitado por sensaciones para él hasta entonces desconocidas, ajenas á su carácter altivo.

Casi nos resistimos á colocar en el alma elevada de nuestro héroe inmortal ese sentimiento que por igual á to-

dos domina, y que en el largo diccionario del amor se llama celos. Tal respeto nos inspira su nombre venerando, que cediendo á una pueril y vulgar preocupacion, despues de los cincuenta y cinco años que han trascurrido desde aquella fecha memorable, contemplamos á Daoiz y Velarde como dos séres sobrenaturales, diferentes en todo á los demás hombres.

Sin embargo, forzoso es convenir que la revelacion de Eugenia, primero, y seguidamente lo que sus propios ojos acababan de ver como confirmacion de lo que temia, excitaron en su pecho altivo los impulsos de la indignacion, de un amor tanto más ofendido, cuanto más digno, puro y respetuoso era el de Velarde.

Por consecuencia del cargo que habia ejercido tan cerca de los reyes padres, lo que antes no era otra cosa que una simple amistad hácia Carolina, se convirtió con la intimidad en una pasion mútua, en que ambos se correspondian con igual sensibilidad, con la misma lealtad y delicadeza de sus bellos corazones.

Dotado Velarde de una bella y simpática figura, no era preciso tener para nada en cuenta el brillante porvenir que debia fundar en su condicion, para que una mujer inteligente y noble se prendára del bizarro capitán.

Carolina, siguiendo en esto la opinion de todos, habia apreciado en su amante, más que las otras recomendables prendas, las prendas no comunes de un preclaro talento y de un valor á toda prueba, que se revelaban en el acto más insignificante, en la palabra más sencilla que pronunciaran sus lábios.

Pocos hombres reunen ciertamente los incentivos que el esforzado artillero, y ella, con su delicada percepcion

de mujer, supo distinguirlo entre la multitud de adoradores que pretendian su mano.

Huérfana desde muy tierna edad, cuando aun apenas habia llegado á su desarrollo, Carolina terminó su educacion al lado de los reyes padres.

Ciertas escenas de aquella córte no eran las más á propósito que digamos para hacer de ella un dechado de virtudes: pero una exquisita conciencia de su dignidad, bien á pesar de su genial aparentemente voluble y humorístico, le mantuvo dueña de ese tesoro que es la primera belleza de las mujeres pundonorosas.

Era hija de los condes del Ramal, y al fallecimiento de estos quedó por única y exclusiva poseedora de su pingüe riqueza.

La reina María Luisa la habia distinguido en los cinco años que hacia la conservaba á su lado; pues conocedora de su adhesion franca y leal, cuando tantos desengaños acarreó á la esposa de Carlos su particular conducta, sabia muy bien que el afecto de una persona como Carolina, era una garantía, ó por lo ménos un consuelo contra tantas asechanzas y amenazas que se alzaban en torno suyo; y más aun desde que con sobrada imprudencia, tanto la reina como el rey, habian atraído sobre sí la responsabilidad de las murmuraciones y del odio profundo, universal, con que en todas partes se pronunciaba el aborrecido nombre de Godoy, elevado á tan grande altura en alas de una privanza tan equívoca y mal mirada, cosa que ni aun los mismos historiadores, en la severidad de su alta mision, han querido perdonar á aquel reinado, el más sangriento y funesto, el que más sinsabores acarreó á la magnánima nación española.

Quando Velarde aun desempeñaba el cargo de secre-